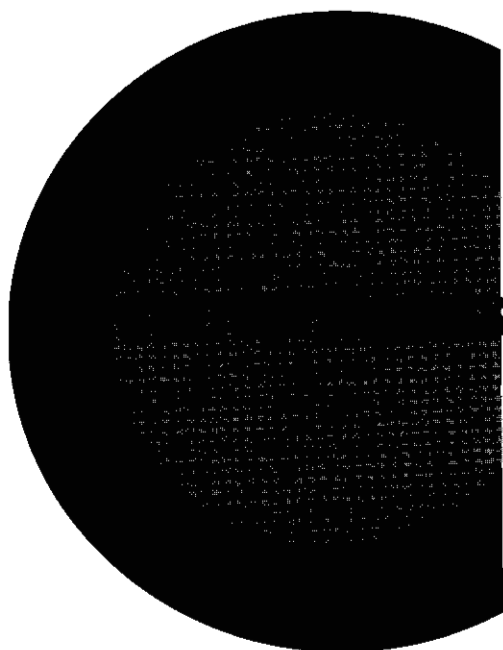


Etnografías

Año 5 / 5 / diciembre 2010



**UNSAM
EDITA**

ISSN 1669-2632

Redacción

Universidad Nacional de San Martín
Escuela de Humanidades
Centro de Investigaciones Etnográficas
Martín de Irigoyen 3100
(1650) San Martín, Provincia de Buenos Aires, Argentina
Te/Fax: (54 11) 4006 1500
cietno@unsam.edu.ar
www.unsam.edu.ar

Suscripción, venta y canje de ejemplares y/o publicidad

(54 11) 4512 6360
ventas@unsam.edu.ar

Secretaria de Redacción

Dévora Gorban

Diseño

Ángel Vega

Edición digital

María Laura Alori

Corrección

Laura Petz

Impresión

Martina Arsamendia. Quilmes 284, CABA (1437)

Está prohibida la reproducción, por cualquier medio, del contenido total o parcial de la revista, sin la autorización escrita de sus editores.

Las posiciones expresadas en los artículos firmados son de responsabilidad exclusiva de sus autores.

ÍNDICE

EDITORIAL 7

ALTERIDADES

RELACIONES DE GÉNERO EN LA
MÚSICA POPULAR BRASILEÑA 11

Ruben George Oliven

ENTRE MARGINALES Y VÍCTIMAS PROPICIATORIAS:
"LOS VIOLENTOS" DEL FÚTBOL ARGENTINO 33

Gastón Gil

LA SUCESIÓN DEL FUNDADOR ENTRE LOS BAGBA 57

Guillermo Quirós

IMPUTACIONES DE COLABORACIONISMO,
MORALIDAD POLÍTICA Y LOS ORÍGENES Y DIFUSIÓN
DEL LACANISMO EN ARGENTINA 75

Sergio Visacovsky

DEMANDAS INDÍGENAS, BUROCRACIAS
ESTATALES E INTERVENCIÓN ANTROPOLÓGICA
EN LA PATAGONIA ARGENTINA 109

María Alma Tozzini

REFLEXIONES EN TORNO AL ESTATUTO
CONCEPTUAL DE LOS CENTROS CLANDESTINOS DE
DETENCIÓN: EL CIRCUITO REPRESIVO
"ATLÉTICO-BANCO-OLIMPO" 135

Luciana Messina

Imputaciones de colaboracionismo, moralidad política y los orígenes y difusión del lacanismo en la Argentina¹

*Sergio Eduardo Visacovsky**

A mediados de agosto de 2003, fueron detenidos en Buenos Aires los ex jefes de Montoneros (la organización guerrillera peronista que había desarrollado su principal actividad durante el primer lustro de la década de 1970), Fernando Vaca Narvaja y Roberto Perdía, por su presunta responsabilidad en la desaparición de trece militantes de la agrupación en 1980. Estos últimos habrían regresado al país desde sus lugares de exilio convocados por la cúpula de la agrupación, con la finalidad de desarrollar una contraofensiva contra el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” (en adelante, PRN), la dictadura militar² resultante del golpe de estado que depusiera al gobierno constitucional justicialista en 1976, y que gobernara la Argentina aplicando el terrorismo de estado hasta 1983. Los acusados, quienes recuperarían su libertad tras sesenta y siete días de prisión, negaron enfáticamente ante la justicia toda complicidad con la última dictadura militar. Otro de los jefes, Mario Firmenich, quien a la sazón vivía en España y se mantuvo prófugo durante ese período, fue objeto de sospecha por parte de la presidente de la Asociación Madres de Plaza de Mayo, Hebe de Bonafini, quien aseguró que no se sentiría sorprendida si se descubriese que Firmenich había colaborado con los servicios de inteligencia de la dictadura militar (*La Capital*, 16 de agosto de 2003). Unos meses antes, la misma Bonafini había reaccionado con enojo, cuando unos documentos desclasificados por el gobierno de los Estados Unidos sobre la represión ilegal en Argentina entre 1975 y 1983, ponían en evidencia su relación y la de otras Madres con la embajada y el Departamento de Estado en Washington durante la dictadura (Verbitsky, 2002). A su vez, el autor de

** Investigador Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Centro de Antropología Social, Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), Buenos Aires, Argentina. serevisac@fibertel.com.ar.*

esta nota, el periodista y escritor Horacio Verbitsky, ex militante de Montoneros y desde el 2000 presidente del “Centro de Estudios Legales y Sociales” (CELS) –organización no gubernamental fundada en 1979 para la promoción y protección de los Derechos Humanos–, fue acusado en noviembre de 1998 en el diario *Ámbito Financiero* de haber participado en un libro editado por la Fuerza Aérea en 1979 (Nadra, 1998). Verbitsky respondió recordando, entre otras cosas, las apreciaciones del mismo Fernando Nadra³ respecto al supuesto carácter “democrático” del dictador Jorge Rafael Videla y del apoyo del Partido Comunista a la dictadura (Verbitsky, 1998).

Durante los más de veinticinco años que siguieron a la finalización de la última dictadura militar argentina, imputaciones como estas, en las que se afirmaba alguna forma de colaboración o complicidad con dicho régimen por parte de *personas concretas*, con nombre y apellido, ha sido una de los modos más frecuentes a través de los cuales se puso de manifiesto la existencia del pasado en el presente. Desde el retorno a la democracia en 1983, muchos políticos, funcionarios, jueces, dirigentes sindicales, sacerdotes, empresarios, intelectuales, escritores, artistas, entre muchos otros, han sido imputados de cooperación con la dictadura en los modos más variados: desde el desempeño de cargos públicos durante el trágico período, la manifestación de alguna forma de aprobación o acuerdo con algún aspecto del régimen, hasta el silencio, han sido y aún son actos en los que se interpreta, a menudo, la marca de la colaboración. Mas las acusaciones han recaído también sobre *instituciones*, tales como la Iglesia Católica, la Sociedad Rural o la Unión Industrial, sobre la prensa escrita y los medios masivos de comunicación en general. Tampoco ciertos *colectivos*, como grupos profesionales, académicos e intelectuales quedaron a salvo de los cargos. Ya en 1984, en ocasión de una reunión en Maryland, el escritor Osvaldo Bayer había acusado a algunos escritores como Ernesto Sábato y Jorge Luis Borges por su comportamiento durante la dictadura, sosteniendo que la acción de los militares represores fue posible gracias a “la sociedad civil que los acompañó y rodeó con entusiasmo, o que guardó silencio cómplice” (Bayer, 1988: 203).

Este tipo de acusaciones también fue moneda común en el campo del psicoanálisis. La principal fue dirigida *contra una corriente teórica*, los adherentes a las teorías del psicoanalista francés Jacques-Marie Émile Lacan (1901-1981), caracterizadas por su pretensión de “retornar a Sigmund Freud”, es decir, cuestionar las versiones adoptadas por la *International Psychoanalytical Association* (IPA), a las que el lacanismo veía como distorsionadas o parciales, y de

reorientar al psicoanálisis hacia el camino trazado por su creador. Durante los primeros años del retorno democrático, muchos psicoanalistas y otros representantes de la salud mental que se definían como políticamente “comprometidos”, identificados con los partidos políticos definidos como “de izquierda” o “progresistas”, preocupados por la “salud pública” de la población y, en especial, por la de los más humildes, sostuvieron que el lacanismo, por entonces la tendencia hegemónica dentro del psicoanálisis argentino, constituía un producto de la última dictadura militar, tanto por haberse expandido durante aquel tiempo, como por responder o adecuarse a los principios ideológicos del régimen. En efecto, la imputación sostenía, en primer lugar, que el lacanismo debía su dominio en los años ochenta y en los años noventa a su gran expansión durante la última dictadura militar, aprovechando los espacios que dejaron vacíos las perspectivas psicoanalíticas vinculadas a los movimientos políticos revolucionarios de las décadas de 1960 y 1970; en segundo lugar, que su expansión habría obedecido al hecho de no representar un peligro para la dictadura, debido a que sus perspectivas eran funcionales a la ideología de la dictadura; y en tercer y último lugar, a su desarrollo en la esfera privada. El lacanismo en Argentina, afirmaban, había devenido en un movimiento dogmático y fuertemente autoritario, desinteresado en otras corrientes, como consecuencia de ser un producto de un tiempo no democrático.

Esta terrible acusación no pareció desalentar a los cientos de psicólogos –y en menor medida, médicos psiquiatras– que durante las décadas de 1980 y 1990 orientaron sus carreras siguiendo la obra de Lacan. La imputación circuló a través de algunos pocos escritos, y mayormente a través del camino informal del rumor, evadiendo los ámbitos públicos y las confrontaciones. Aunque es probable que la fuerza de la que gozó la acusación en los años pasados se haya hoy desvanecido, no deja de ser un tema que, por su persistencia en el tiempo, su estrecha relación con una lógica acusatoria aún vigente, y por no haber recibido suficiente atención, merece una aproximación más cuidadosa.

Las acusaciones contra el lacanismo guardan una gran similitud, pues, con las que recayeron sobre diferentes *personas* y ciertas *instituciones*, excepto que, en este caso, los cargos recaían, como señalé, en una *perspectiva teórica*.⁴ Claro está que la imputación sobre el lacanismo alcanzaba, finalmente, a individuos e instituciones, pero la sospecha sobre estos procedía de su participación bajo cualquier forma en el lacanismo. Tampoco la acusación estaba basada en acciones o afirmaciones concretas que pudiesen insinuar o probar colaboracionismo por parte del lacanismo; muy por el contrario, dada la interpretación

del lacanismo como colaboracionista, todo individuo, institución o libro lacaniano era potencialmente sospechoso.

Como en los casos expuestos al comienzo de este trabajo, los cargos, tuviesen o no carácter judicial, han instado a cada inculpado a demostrar su inocencia. Pero, esto no fue lo usual para quienes se consideraban “lacanianos”: son muy pocas, raras, las respuestas públicas (aunque sí he podido escuchar a muchos lacanianos calificar tales acusaciones como “infamias”). Algunos estudios históricos que han abordado la recepción y difusión del lacanismo en Argentina pueden considerarse, explícita o implícitamente, respuestas frente a las acusaciones. Efectivamente, como veremos, tanto la presunta expansión del lacanismo durante la dictadura, como su supuesta connivencia ideológica con los valores del régimen, no tienen un sustento sólido desde el punto de vista del análisis histórico. No obstante, más allá de las pruebas, a los ojos de muchos acusadores la relación entre lacanismo y dictadura militar apareció como *necesaria*, y pese a que ha perdido credibilidad con el paso del tiempo, los historiadores posteriores del psicoanálisis en Argentina han considerado necesario desmentirla (Lakoff, 2006: 74; Plotkin, 2001: 223-224). ¿Cómo se estableció ese enlace ominoso entre lacanismo y dictadura? ¿Por qué razón llegó a ser, al menos transitoriamente, verosímil? Si semejante acusación al lacanismo no podía aspirar a tener consecuencias jurídicas sobre los individuos y las instituciones lacanianas, como sí sucedía en otros casos de imputación de complicidad: ¿Qué sentido tenía formularla?, ¿cuáles eran sus consecuencias, tanto para los acusados, como para los acusadores?

Los fenómenos de colaboracionismo o cooperación con el enemigo, asiduamente estudiados especialmente en relación con la Segunda Guerra Mundial y los regímenes totalitarios del siglo veinte, se asocian perfectamente con la lógica de la imputación de malignidad.⁵ En este trabajo me centraré en el análisis de las mismas en relación con las atribuciones de complicidad con la dictadura militar, formuladas principalmente durante las décadas de 1980 y 1990, al psicoanálisis lacaniano⁶ en Argentina. Apelando a materiales provenientes de mi trabajo etnográfico con psicoanalistas desde 1988 hasta 1999, así como a diversas fuentes escritas de índole pública (notas periodísticas y columnas de opinión en diarios y revistas de circulación masiva nacional; artículos en revistas y libros psicoanalíticos, psiquiátricos y psicológicos), pretendo mostrar cómo estos cargos de complicidad política pueden ser analizados como *imputaciones de malignidad*, y en tal caso, *como un asunto propiamente de moralidad política*. Aunque la acusación no poseía bases empíricas firmes

(dedico buena parte de este artículo a mostrar que los orígenes del lacanismo no están vinculados con la última dictadura militar), sí podía resultar aceptable y coherente desde el punto de vista de una determinada interpretación de las relaciones entre el presente democrático y el pasado reciente. Como se verá en este trabajo, el lacanismo fue asociado con la última dictadura militar debido a que su genealogía no fue imaginada como una genealogía militante, o como propia de sobrevivientes o víctimas del terror, “neutralidad” y “apoliticidad” sospechosas en el nuevo contexto democrático. Finalmente, pretendiendo mostrar que las acusaciones de colaboracionismo, aunque en la ocasión estuvieron centradas en el lacanismo, constituyen la puesta en práctica corriente de una moralidad política que permite constituir posiciones de pureza/contaminación mediante las cuales fortalecer o debilitar legitimidades en campos sociales definidos o no como “políticos”.

Las imputaciones de colaboracionismo contra el lacanismo

La llegada al gobierno del partido radical en octubre de 1983, presidido por Raúl Alfonsín, puso fin al PRN y abrió un nuevo período fundado en la democracia política. Durante aquellos primeros años, junto al estudio y la reparación psicológica de aquellos que habían sufrido los efectos traumáticos de la tortura y la represión durante el terrorismo de estado (casi siempre tomando parte de las actividades de los organismos de derechos humanos), algunos psicoanalistas se dedicaron a pensar y escribir en torno a la situación del psicoanálisis en Argentina en el pasado y en el presente, cómo y por qué habían actuado en los años sesenta y en los años setenta, qué cambios se habían producido en torno a las perspectivas teóricas y clínicas, qué relaciones habían tenido y debían tener con el mundo de la política, el campo intelectual, la práctica psiquiátrica y la atención sanitaria en general, y qué papel les tocaba cubrir en la actual coyuntura. Fue en ese contexto que emergieron algunos escritos públicos (que, en realidad, expresaban un clima de opinión) que intentaron analizar el desarrollo y la expansión de la nueva perspectiva dominante en los espacios universitarios y hospitalarios: el lacanismo.

Quienes asumieron esta tarea no poseían una identidad institucional o teórico-clínica homogénea, aunque en general pertenecían a las generaciones de psicoanalistas que habían participado de los movimientos renovadores en psicoanálisis y salud mental de los años sesenta y el primer lustro de los setenta, principalmente en aquellas instancias que implicaron un alto grado de politización y radicalización política. Sus trabajos procuraron explicar las razones de la hegemonía del psicoanálisis lacaniano en los años 1980 y 1990,

coincidiendo en que la predominancia presente del lacanismo era una consecuencia directa de la emergencia de la dictadura militar y el terrorismo de estado. El lacanismo fue calificado como un enfoque dogmático, o al menos, ese era el carácter de su enseñanza en Argentina, confundiendo la enseñanza del psicoanálisis con la enseñanza de las teorías de Lacan (Kuten, 1992: 5). La predominancia del lacanismo era interpretada como el efecto de una gran ruptura que había seguido al golpe militar de 1976, y el consecuente vaciamiento de profesionales que se produjo en los diferentes ámbitos institucionales (hospitales psiquiátricos, servicios hospitalarios, departamentos universitarios), debido a las persecuciones, expulsiones, secuestros y asesinatos.⁷ Esta coyuntura brindó la oportunidad para que ingresaran a las instituciones nuevas generaciones profesionales, diferentes teórica e ideológicamente a las que habrían predominado en los años sesenta y el primer lustro de los setenta. Estas nuevas camadas no hacían gala de una visión teóricamente pluralista, y expresaban escaso o nulo interés por las cuestiones sociales y políticas. Allí se produjo el ingreso de las ideas de Lacan, un “fenómeno increíble, con características muy argentinas” (García Reynoso, 1986: 13-14). El problema no radicaba tanto en las teorías de Lacan, sostenían, sino en la forma específica en que se habían difundido y continuaban haciéndolo en Argentina.

Otros afirmaban que se había producido una mutación en los valores. Las generaciones de los años 1960 y 1970 apreciaban trabajar en los ámbitos públicos ya que lo veían como una especie de militancia, o como un compromiso con la sociedad, especialmente con los más necesitados. Cuando estas generaciones abandonaron las instituciones debido a la represión, las nuevas generaciones –que carecían de una estima semejante por las instituciones de salud pública– ocuparon los espacios vacíos, pero con un objetivo distinto. Estas generaciones lacanianas jugaban con la palabra “servicio” (la cual aludía a la unidad administrativa bajo la cual se organiza una especialidad médica para la atención de una problemática en un hospital), separándola con un guión: “ser”, por un lado, y “vicio”, por otro. Por esta vía, ellos pretendían mostrar que su asistencia al hospital público constituía “un vicio”, debido a que les permitía conseguir pacientes, que luego podían proseguir sus tratamientos en forma privada en sus consultorios (Hornstein, 1995).⁸

Pese a la convicción dominante de muchos críticos del lacanismo que el pensamiento de Lacan había ingresado durante la dictadura militar (Golini, 2000; Urribarri, 2003), fueron muchos también los que comenzaron a señalar que la llegada de la obra de Lacan a la Argentina era anterior a 1976;

en realidad, aseguraban que databa de fines de los 1960 y principios de los 1970. No obstante, no dudaban de que tuvo una notable expansión durante la última dictadura militar, debido al ya mencionado abandono obligado de los profesionales de las instituciones públicas. Como consecuencia de esto, otros remarcaban también la importancia que tuvieron los ámbitos privados durante la dictadura, tales como los grupos de estudio y las instituciones profesionales psicoanalíticas. Es por ello que algunos intérpretes, incluso lacanianos, entendían que la expansión del lacanismo durante la última dictadura militar debía buscarse en este proceso de privatización de la práctica, y que más tarde, en los años ochenta, se expresaría en el predominio laciano en servicios hospitalarios y universidades (Azubel *et al.*, 1987: 26; Vainer, 1997).

Una de las líneas de interpretación de la expansión del lacanismo —definida por algunos como “lacanización” del psicoanálisis argentino— postulaba una adecuación ideológica entre el lacanismo y las “condiciones socio-políticas” imperantes durante la dictadura, que suprimieron “todo abordaje grupal y social”; siendo el lacanismo, a la vez, un “discurso no irritante para la ideología del poder imperante” (Berkunsky *et al.*, 1986: 6).⁹ Esta interpretación fue expuesta con una mayor elaboración por los psicólogos Carlos Villamor y Juan Jorge Fariña,¹⁰ adscriptos al *Movimiento Solidario de Salud Mental*.¹¹ Ellos fueron los autores de un verdadero manifiesto antilaciano, que intentaba ofrecer bases fundamentadas a la acusación ideológico-política. Ellos coincidían en la vinculación cronológica entre el lacanismo y la dictadura, pero diferían en un punto muy significativo: su exitoso desarrollo no se explicaba como efecto del retroceso general del psicoanálisis al ámbito privado, ni por mera ocupación de los espacios públicos vaciados por la represión estatal, sino que respondía a aspectos constitutivos de la teoría laciana, la cual se adecuaba mejor que ninguna otra a los imperativos ideológico-políticos reinantes. Para Villamor y Fariña, esta afinidad entre una teoría psicológica y un régimen político respondía, ante todo, a la naturaleza despolitizada de la teoría y la práctica laciana. Para ambos, el lacanismo constituía una teoría subjetivista e individualista —en oposición al marxismo—, que solo podía situar su marco de acción en la esfera privada. Por lo tanto, el mundo público le resultaba extraño. La teoría laciana, afirmaban, tuvo aspectos interesantes inicialmente, pero Lacan habría cambiado sus posiciones tras los sucesos revolucionarios en París de mayo de 1968, y en concordancia con la despolitización y la resignación europea a la política, su teoría se volvió “oscurantista” y “socialmente neutralizadora”. Ellos aseguraban que fue esta última versión la que recogieron los intelectuales latinoamericanos (Villamor

y Fariña, 1986b: 11) contrarios a las corrientes progresistas de los años 1960 y 1970, es decir, “a la lucha revolucionaria”, y solo preocupados en el “refinamiento de su instrumental teórico” (Villamor y Fariña, 1986a: 20). Desde esta óptica, la fundación de la primera institución lacaniana en Argentina, la Escuela Freudiana de Buenos Aires en 1974, confirmaba según ellos esta visión despolitizada, debido a la ausencia de toda referencia al convulsionado clima político previo al golpe militar de 1976. Fue la naturaleza constitutivamente despolitizada del lacanismo lo que le había permitido, sostenían, no ser perseguido por el terrorismo de estado. Empero, también reconocían que esto no equivalía a afirmar que el lacanismo debía ser considerado parte del estado represor; se había convertido en uno de los raros islotes que no ingresaron ni en el bando de los aparatos ideológicos del terrorismo estatal, ni en el de los subversivos a “exterminar y silenciar” (Villamor y Fariña, 1986a: 21). Como consecuencia de ello, el lacanismo, al que calificaban como un “parloteo sofisticadamente inofensivo”, se erigió en una entidad neutral, una “zona intermedia” de la “pequeña burguesía librada a su desesperanza”, lo que permitió su “consenso pasivo” al régimen.¹² Esta neutralidad lo convertía en un *cómplice silencioso de la dictadura militar* y, por lo tanto, lo condenaba en el presente democrático, puesto que no solo no había participado de “los modos de la resistencia y la protesta” entre 1976 y 1983, sino que su comportamiento apolítico continuaba en el presente, permaneciendo al margen de los movimientos reivindicatorios por los derechos humanos (Villamor y Fariña, 1986a: 22).

Como dije previamente, los representantes del lacanismo argentino no respondieron ni masiva ni públicamente a la acusación, aun cuando no ahorraron comentarios, vertidos en tono confidencial, asegurando que los cargos eran malintencionados e infundados. Una de las pocas defensas públicas fue enarbolada por Silvia Amigo a comienzos de los años noventa, una psicoanalista que desde 1979 era miembro de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, y que trabajaba en un importante centro asistencial de la Capital Federal, el Centro de Salud Mental Carlos Ameghino, famoso por su marcada adhesión al lacanismo. Amigo no objetaba la correspondencia cronológica entre el desarrollo del lacanismo y la última dictadura militar. También, aceptaba como cierto que el lacanismo no compartía la perspectiva dominante en el campo de la salud mental de mediados de los años setenta, cuando se postulaba la determinación social de las problemáticas psíquicas y la necesidad de acompañar ciertos proyectos críticos en el campo de la salud mental (como la apertura de los hospicios) con la militancia revolucionaria en el plano político

nacional. Sin embargo, era en este punto donde Amigo trazaba una línea de diferenciación con los acusadores. Al contrario de lo que ellos sostenían, para Amigo el lacanismo había llevado adelante una crítica al discurso de la “salud mental comprometida”, al atribuirle a esta última connotaciones “religiosas y autoritarias”. Desde su óptica, el golpe de 1976 había interrumpido menos el discurso de la “salud mental comprometida” y más un debate público sobre la salud mental. Amigo descalificaba la acusación al lacanismo como un ocupante de espacios públicos vacíos debido a que no resultaba molesto para el terrorismo de estado; para ella, la irrupción del lacanismo en los ámbitos hospitalarios públicos permitió que una enorme masa de pacientes pudiesen ser escuchados en su dolor, lo cual representó una auténtica oposición al sistema, “para lo que no se precisaba organizar una coalición contestataria” (VV.AA., 1994: 130-134; 1993).

Ahora bien, Amigo compartía con sus acusadores, buena parte de los argumentos: la correspondencia temporal entre el desarrollo del lacanismo en Argentina y la irrupción de la dictadura militar; la continuidad sin tropiezos del lacanismo desde los tiempos de la dictadura al presente; su ocupación de los espacios públicos vaciados; y su óptica despolitizada. Pero diferían en otros puntos cruciales. Para el sector acusador, el lacanismo no había sido reprimido por la dictadura, debido a su apoliticismo constitutivo, que lo había resguardado de la represión. Esto lo ubicaba fuera de las categorías que agrupaban a las víctimas del terrorismo de estado y, por lo tanto, pasaba a integrar esa masa pasiva de la sociedad que fue colaboracionista del régimen militar aunque, en el caso del lacanismo, de ningún modo ingenuo.¹³ Para la defensa esgrimida en este caso por Amigo, la presencia del lacanismo en los espacios públicos permitió restituir el lugar de los pacientes, olvidados por las perspectivas politizadas que, en sus aspiraciones de liberación social, postergaron las demandas de curación psicológica. Y al escuchar las angustias de sus pacientes, el lacanismo a través de sus analistas habría propiciado una resistencia silenciosa al régimen.

En suma, a partir del acuerdo respecto a la cronología del lacanismo en la Argentina, los acusadores y Amigo compartían la caracterización del lacanismo como “apolítico”, aunque el valor conferido a este término era diferente: era aquello que, precisamente, lo convertía en colaboracionista para los acusadores, y era aquello que le había permitido restablecer la atención de los pacientes en los servicios públicos. El espacio que se vaciaba de contenido político (tornándolo negativo, pero purificando a quienes lo abandonaban)

para los acusadores del lacanismo, se volvía algo positivo al ser re-ocupado por el psicoanálisis para una perspectiva como la de Amigo. A continuación, quisiera ilustrar este punto con un incidente acaecido durante mi trabajo de campo en el servicio de salud mental del “Evita”.

La disolución de “un servicio hospitalario lacaniano”

Desde 1988 y hasta 1993, realicé un trabajo de campo en el hospital general y público “Evita”, en el distrito de Lanús,¹⁴ en un servicio definido como de “Psicopatología y Neurología” (aunque informalmente lo designaran como de “Salud Mental”, haciendo caso omiso de la designación oficial), pero identificado como “psicoanalítico” y “lacaniano” por los psicólogos y psiquiatras que se desempeñaban en él. Allí concurrían semanalmente casi doscientos profesionales, mayoritariamente psicólogos egresados de la Universidad de Buenos Aires, una buena parte muy jóvenes, entre los 25 y 35 años, una gran mayoría seducidos por la perspectiva psicoanalítica de Lacan, y también una significativa cantidad trabajando gratuitamente en calidad de “visitantes” o “concurrentes”. El servicio estaba organizado en dos unidades, una Sala de Internación y un sector de Consultorios Externos, para los pacientes ambulatorios. La mayor parte de los profesionales se concentraba en este último sector; según me explicaron algunos, porque los tratamientos ambulatorios guardaban más similitud con aquellos que se realizaban en el consultorio privado. También era posible desarrollar en este ámbito prácticas terapéuticas identificadas como psicoanalíticas, aunque la alta demanda no permitiese programar la frecuencia y la duración de las sesiones de acuerdo a los principios que suelen regir al psicoanálisis en la esfera privada. En ese espacio, los profesionales se interrogaban continuamente por el sentido de su práctica: “¿Es posible hacer psicoanálisis en el hospital? ¿Qué ocurre con los tratamientos cuando no hay circulación de dinero? ¿Puede la formación recibida ser considerada una forma de pago a los psicoanalistas? ¿Cómo afrontar las deserciones imprevistas de los pacientes? ¿Puede desenvolverse un tratamiento cuando los pacientes establecen su transferencia con la institución, y no con los profesionales?”. Estas incertidumbres eran planteadas mayormente por quienes se asumían como “psicoanalistas” en el servicio, en cuanto oportunidad existiese, desde reuniones cotidianas e informales hasta eventos más formales. Mientras tanto, cada vez que tenía ocasión de dialogar con ellos recibía concluyentes declaraciones, tales como “el psicoanálisis nada tiene que ver con la salud pública, pues esta supone que alguien (el estado) sabe qué es lo bueno para la población, mientras que el psicoanálisis prescinde de presumir qué es lo bueno para otro”; o “es imposible prevenir la enfermedad psíquica,

por definición, el inconsciente es imprevisible y cada situación es singular”; o “la situación socio-económica de los pacientes no es de nuestra competencia, nosotros nos interesamos por su dimensión subjetiva”; o, finalmente, “nada podemos hacer frente a la deserción de los pacientes, quedarse o irse es su decisión, deben entender que esto es un tratamiento psicoanalítico”.¹⁵

Desde muy temprano los consultorios externos estaban atestados de gente, cuyos rostros y vestimentas ponían en evidencia su origen social mayoritario: pobres, obreros, trabajadores no calificados, trabajadores informales, desempleados, la mayor parte habitantes de la zona sur del conurbano bonaerense, muchos residentes de las villas de emergencia, y tan solo una minoría proveniente de la ciudad de Buenos Aires, e incluso de otras ciudades del país. Era una época de crisis económica e hiperinflación (una más), entre 1988 y 1990, y los efectos del empobrecimiento se advertían con crudeza en la gente. Quienes pretendían atenderse debían esperar mucho tiempo, algo que a veces concluía con enojos y con los pacientes marchándose sin ser atendidos. La gente no siempre podía asistir los días que tenía fijados, en razón de sus obligaciones laborales, por eso la administración del servicio terminaba citándolos a una sesión semanal. Quienes trabajaban debían obtener permisos especiales en sus empleos, o directamente faltar, perdiendo el día laboral. Esto se agravaba porque por las tardes eran muy pocos los profesionales que podían prestar servicios, en virtud de que debían atender sus propios asuntos u obligaciones. Mucha gente asistía solo a comienzos del mes, cuando contaba con dinero para pagar su pasaje en el transporte público.

En ese contexto, un grupo de atención se había transformado en el más notorio, el más buscado, el más numeroso: el que en los consultorios externos atendía en forma ambulatoria la demanda de pacientes considerados “adultos”. En 1991 este grupo atravesó una profunda crisis, debido al enfrentamiento entre su sector mayoritario, autodefinido como “lacaniano”, y otro, más reducido y ecléctico. La razón del conflicto residió en inconciliables posturas entre estos dos sectores ante la altísima demanda cotidiana de pacientes. Este no era un problema nuevo, ya en las décadas pasadas había exigido replantear posiciones consideradas más apropiadas para el trabajo en el ámbito del consultorio privado que en el público. Así, la reducción de la frecuencia semanal de sesiones, o de la duración de cada una de ellas, o del tiempo total dedicado a un tratamiento, así como la aplicación de psicoterapias de grupo, fueron algunas de las soluciones desarrolladas en los años 1960. En los albores de los años 1990, la salida ideada fue programar los turnos antes que modificar las normas de admisión y atención. No conforme,

la dirección del hospital exigió una medida diferente. El sector minoritario no lacaniano acordaba con las peticiones de la dirección, sosteniendo que si bien el alto número de pacientes constituía un serio inconveniente, las posturas psicoanalíticas intransigentes de la mayoría "lacaniana" impedían adoptar respuestas más eficaces. Por el contrario, el sector mayoritario rechazó las acusaciones, prefiriendo presentarse como *defensores de una posición psicoanalítica a la que no se debía renunciar bajo ningún punto de vista*: para ellos, eran las condiciones de trabajo las que no posibilitaban el ejercicio del psicoanálisis. Aunque este sector realizó, finalmente, algunas concesiones para agilizar la atención (y así, aliviar las tensiones existentes), el conflicto culminó con su renuncia masiva.

Muy poco tiempo después, en el curso de una conmemoración de la creación del servicio realizada en 1992,¹⁶ quienes ocupaban ahora la conducción del grupo no dudaron en hacer público el conflicto y responsabilizar al "lacanismo" de los problemas. Las razones, en sus palabras, radicaban en que tal orientación era refractaria a la práctica hospitalaria, la cual exigía sensibilidad ante las cuestiones sociales, y amoldarse a circunstancias diferentes a las que se presentan en un consultorio privado. Pero esta actitud que se le reclamaba al conjunto que masivamente había abandonado el hospital no podía aflorar, debido a que sus miembros participaban de un "discurso homogéneo y hegemónico" que se había generalizado durante los últimos años en las carreras de psicología y en los servicios de salud mental, pero que tenía sus orígenes en la desaparición durante la última dictadura militar de otras voces teóricas. Así, el lacanismo se volvió no solo dominante, sino también omnicomprensivo, asumiendo que todo paciente que llegaba al hospital debía ser abordado psicoanalíticamente. Para la nueva conducción esto no era posible, porque en el hospital era indispensable el trabajo interdisciplinario, debido a que las problemáticas de los pacientes que llegaban estaban determinadas por factores económicos, sociales e institucionales.

La controversia que se hizo pública durante y después del conflicto puede reducirse a un par de imputaciones opuestas: mientras por un lado, el sector que ahora conducía el equipo de atención acusaba a su rival "ustedes no entienden el trabajo hospitalario", los "lacanianos" que finalmente lo abandonaron les imputaban a los primeros "ustedes no entienden el psicoanálisis". Pero ambas fracciones en pugna se definían como "psicoanalíticas", y ambas decían defender el trabajo hospitalario. Sin embargo, la contienda estaba planteada en términos muy diferentes; mientras la nueva conducción del equipo de atención expulsaba a los "lacanianos" mediante sus acusaciones de los lími-

tes del espacio hospitalario, los “lacanianos” hacían lo propio con los primeros, expulsándolos del espacio psicoanalítico. La crisis sobrevino porque ambos sectores lucharon por hacer “psicoanalíticamente aceptable” el espacio hospitalario, pero de modos contrapuestos. Como puede advertirse, ambos sectores exigieron la satisfacción de reglas de pureza (Douglas, 1966: 166); planteadas las cuestiones en estos términos, no había otra cosa que intentar el desplazamiento de los “lacanianos” contaminantes del espacio hospitalario por parte de la nueva conducción, o alejarse para evitar perder la pureza, o restituirla en el ámbito apropiado (las instituciones psicoanalíticas), como sucedió con los “lacanianos”.

Ciertamente, estas exigencias de pureza pueden rastrearse desde los orígenes mismos del psicoanálisis, plagado de episodios cismáticos que cristalizaron en la conformación de un campo internacional con una constante tendencia a la fisión. Mas la especificidad del conflicto aquí presentado, y desde ya sus condiciones de producción, son específicamente locales. No de otro modo pueden interpretarse las afirmaciones vertidas en la conmemoración de 1992, según las cuales la crisis institucional era la expresión de un pasado enquistado, el del lacanismo como producto de la última dictadura militar. La nueva conducción podía juzgar que con su victoria y el desplazamiento de los “lacanianos” habían invertido el dominio de un tiempo fatídico, para reestablecer otro, violenta e injustamente desplazado de dicho espacio, precisamente, por la dictadura en 1976. Con su acción, ellos podían considerar que habían reparado el daño ocasionado al pasado, habían puesto las cosas en su lugar, limpiando el espacio contaminado.

La crisis y su resolución constituyeron una escena dramática, cuyo nudo argumental fue provisto por el sistema de acusaciones en juego que expusiera en sus versiones textuales en el apartado anterior. Si bien la génesis y la explosión de la crisis se desarrolló como una contienda entre los “defensores de la salud pública” y “los defensores del psicoanálisis”, las intervenciones públicas de la nueva conducción durante la conmemoración, donde tratando de explicar lo que había sucedido, fueron esclarecedoras: ellos señalaron a la última dictadura como causa de la crisis global de la salud pública, y de la continuidad de aquellos programas y perspectivas interesados en conectar la salud de la población con la transformación de las condiciones de vida y la defensa del estado. Su eclecticismo teórico se emparentaba, en definitiva, con una concepción tolerante y democrática de la vida, opuesta a toda forma de dogmatismo y autoritarismo. Todo lo opuesto quedaba asociado con el laca-

nismo. Desde su perspectiva, el conflicto podía ser leído como un modo de resolver lo aún irresuelto: la presencia viva en el presente democrático de activos colaboradores de la última dictadura militar. Ahora bien, como adelanté, un análisis histórico de los orígenes y difusión del lacanismo en la Argentina permite desmentir los fundamentos empíricos de la asociación del lacanismo con la dictadura militar y, al mismo tiempo, los conecta con la constitución y desarrollo de lo que se ha dado en llamar el campo “de izquierda” o “progresista” en los años sesenta.

Confrontando la acusación con los orígenes y la difusión del lacanismo en la Argentina

El campo intelectual en el que se produjo la primera recepción y difusión del lacanismo en Argentina se había aglutinado en torno a una identidad política, el antiperonismo, como reacción a la exclusión de la que fue objeto una gran masa de académicos de la universidad pública controlada por sectores nacionalistas y católicos adictos al peronismo durante el período 1946-1955. Esta identidad se inscribía en el marco de las transformaciones profundas de la escena nacional sucedidas tras el derrocamiento del gobierno constitucional de Juan Domingo Perón.

El mundo intelectual se organizó germinalmente en torno al ideal del compromiso, que por entonces aparecía encarnado en la figura del filósofo francés Jean-Paul Sartre, permitiendo la consolidación de un bloque intelectual formado por corrientes liberales y de izquierda. Sin embargo, esta unión se fue disolviendo durante el curso de los años sesenta, con el triunfo de la Revolución Cubana, los focos guerrilleros latinoamericanos y argentinos, la creciente represión a las agrupaciones sindicadas como revolucionarias, y también la relectura del peronismo que empezó a ser propiciada desde la izquierda. El papel ordenador del marxismo permitió el pasaje del ideal del “compromiso” al del “intelectual revolucionario”, que si bien fue gestado en el primer lustro de la década de 1960, adquirió dimensiones hegemónicas tras el nuevo golpe de estado de junio de 1966 y los sucesos que llevaron a una nueva victoria del peronismo en 1973.

En este contexto, el humanismo existencialista sartreano fue cediendo paso a la recepción de nuevas corrientes intelectuales, entre las cuales estaba el estructuralismo francés (Terán, 1991:17-26). A partir de su ruptura con el liberalismo, el campo intelectual autodefinido como “progresista” se estructuró en torno al marxismo, que no solo constituyó el eje aglutinante del campo intelectual “de izquierda”, sino el vehículo a través del cual se legitimaron autores y corrientes

hasta entonces marginales o subestimadas por dicha intelectualidad, como el psicoanálisis. Tal fue el caso de Althusser, quien propiciaba una relectura de Marx en clave estructuralista y recomendaba un “retorno” a Freud a través de Lacan; en efecto, Althusser sostenía la posibilidad de una síntesis entre marxismo y psicoanálisis, entre ideología e inconsciente, merced a la noción de sobre-determinación, esto es, una determinación no unívoca ni dirigida a un fin, sino producto de diversos determinaciones provenientes de distintas esferas de autonomía relativa (Althusser, 1964: 161-162 y 1970). Esto bastó para legitimar el psicoanálisis entre amplias capas intelectuales (Vezzetti, 1992), y purgarlo de su sospechosa condición de “ideología burguesa” que algunos sectores de la izquierda le atribuían. Así, inicialmente Lacan fue objeto de interés de filósofos y literatos que se acercaron al psicoanálisis vía Sartre, primero, y a Althusser, después. No se trataba solo de Lacan. Otros pensadores vinculados al estructuralismo francés comenzaron a circular en los círculos intelectuales, emprendiéndose desde muy temprano su traducción al español. Este fue el caso de la primera edición en español de *Antropología Estructural*, del antropólogo Claude Lévi-Strauss, editada por la Universidad de Buenos Aires en 1961, y traducida por el entonces filósofo y más tarde prestigioso semiólogo Eliseo Verón (Lévi-Strauss, 1961). Oscar Masotta fue uno de aquellos participantes del campo intelectual posperonista que se había iniciado en Sartre para terminar en Lacan.

Nacido en Buenos Aires en 1930, Masotta no provenía de la medicina ni poseía un grado académico; había dejado truncan sus estudios en la Universidad de Buenos Aires, formándose de manera autodidacta en corrientes como la fenomenología y el estructuralismo, y en disciplinas como la crítica literaria (publicó en 1965 *Sexo y traición en Roberto Arlt*), la semiótica (en particular, aplicada a problemáticas de la arquitectura y el urbanismo), el arte moderno y las vanguardias estéticas y la historieta. Había sido colaborador de *Contorno*, una de las revistas fundamentales de la llamada “nueva izquierda intelectual”. Lacan fue mencionado por Masotta ya en 1959; en 1964 había dictado una conferencia en la Escuela de Psiquiatría Social fundada por Enrique Pichon Rivière (1907-1977), uno de los fundadores de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) en 1942, la que publicó en 1965 en *Pasado y Presente*, la revista de los disidentes del partido Comunista (Masotta, 1965). Pero fue recién en 1969 cuando Masotta emprendió la tarea de organizar grupos de estudio centrados en las ideas Lacan (Longoni, 2005).

Entre los psicoanalistas argentinos circula un relato muy conocido sobre los orígenes del lacanismo en el país. El mismo narra cómo Pichon Ri-

vière obsequió a Masotta manuscritos mimeografiados de Lacan, que este le había dedicado a Pichon Rivière. El relato posee varias versiones (Neuburger, 1988; Yabkowski, 1986; Cueto, 2001), y la más antigua de ellas procede de una anécdota autobiográfica del propio Masotta (1976: 240-242). El mismo Pichon Rivière se encargó de darle verosimilitud al relato, mencionando una amistad con Lacan que había surgido en el curso de un congreso de psicoanalistas de habla francesa en 1951, y que se solidificó en base al común interés por renovar el psicoanálisis mediante una relectura de Freud. Compartían, además, el amor por el surrealismo y la literatura francesa en general. A pesar de ello, Pichon Rivière aseguraba mantener diferencias con el enfoque lacaniano, al que sindicaba como “idealista” por desconocer la determinación fundamental que juegan las relaciones sociales en la constitución del sujeto, de acuerdo a los principios generales del marxismo (Pichon Rivière, 1975). No sabemos si estas apreciaciones expresaban su pensamiento temprano sobre Lacan, o debían ser situadas mejor en los años setenta. Es indispensable diferenciar el posible momento en el que se habría producido la cesión de los manuscritos de Lacan a Masotta por parte de Pichon Rivière, del tiempo en el que se habría promovido el interés decisivo de Masotta por Lacan hacia fines de la década los 1960. Otras versiones sugieren que habrían sido algunos de sus primeros discípulos los que convencieron a Masotta de iniciar el dictado de grupos de estudio sobre Lacan (Yabkowski, 1986; Cueto, 2001). Asimismo, estas versiones destacan que el nombre de Lacan ya circulaba por Buenos Aires a comienzos de los años 1960, gracias a las citas del filósofo francés Louis Althusser. Filósofos, escritores y psicoanalistas sabían de su existencia.

Dentro del campo psicoanalítico, la recepción y difusión de Lacan fue lenta y dificultosa, en particular debido a la hegemonía por entonces de la teoría de Melanie Klein. No obstante, esto no impedía que algunos psicoanalistas accedieran a ciertos trabajos de Lacan, incluso para utilizarlos en la redacción de artículos científicos. En ese campo psicoanalítico, Pichon Rivière se caracterizó por ser, uno de los pocos psicoanalistas oficiales anteriores a los años sesenta con explícitas preocupaciones sociales y políticas. Protagonista de significativos cambios en los tratamientos psiquiátricos durante los años 1940 (desde la primera aplicación del electroshock en el país hasta la introducción de técnicas terapéuticas grupales), activo partícipe de la reorganización de la atención pública de la salud mental en los años 1950, e inusualmente afecto a la poesía, la literatura, el arte, la filosofía y el fútbol, Pichon Rivière se fue inclinando hacia los años sesenta a una perspectiva psicoanalítica más in-

fluenciada por el marxismo y otras corrientes sociológicas y antropológicas culturalistas. Las posiciones de Pichon Rivière estuvieron identificadas, en gran medida, con aquellas que alimentaron los procesos de politización y radicalización política que llevaron a las renunciadas a la APA en 1969 por parte de quienes participaron en los grupos “Plataforma” y “Documento” (aunque Pichon Rivière decidiera, finalmente, no renunciar a la APA, pese a haber apoyado inicialmente al movimiento). Hasta allí, la APA poseía el monopolio de la formación y el ejercicio profesional desde una postura fuertemente profesional y apolítica, consolidada durante los años 1950, que le había permitido adquirir autonomía respecto del control estatal y las instituciones educativas y hospitalarias. Pero en los años sesenta comenzó a gestarse una transformación, generada por la presencia de un mayor número de psicoanalistas “politizados”. Como expresión de esta tendencia, el grupo “Plataforma” cuestionó la formación profesional cerrada de las asociaciones, y su ideología “aburguesada” pretendidamente neutral. Las reivindicaciones planteadas estaban ligadas a la organización de la carrera psicoanalítica, los requisitos de ingreso y la ideología profesional (Balán, 1991: 203-209; Plotkin, 2001: 199-208). Este proceso de ruptura y radicación confluyó con experiencias como la Federación Argentina de Psiquiatras (creada en 1959, donde coincidieron psicoanalistas como Pichon Rivière, Raúl Usandivaras, Horacio Etchegoyen, Jorge García Badaracco, psiquiatras dinámicos como Mauricio Goldenberg y Guillermo Vidal, y reflexólogos como Gregorio Bermann y Gervasio Paz), la Coordinadora de Trabajadores de Salud Mental y el Centro de Docencia e Investigación, orientado a una formación interdisciplinaria en la que se leía a Lacan, sumado a la visita en 1972 de la psicoanalista belga-francesa Maud Mannoni (1923-1998), las cuales contribuyeron a la propagación de la obra de Lacan, y permite entender cómo algunos de quienes participaron de los movimientos de ruptura (como Raúl Sciarreta, Guido Narvárez, Gilou y Diego García Reinoso, Luis María Esmerado, Rodrigué) terminaron volcándose al lacanismo (Carpintero y Vainer, 2004 y 2005). La figura de Pichon Rivière fue considerada la expresión de un psicoanálisis “abierto” al mundo intelectual y a la política; y de tal manera, representó una modalidad psicoanalítica, intelectual y políticamente aceptable para los opositores a la APA.

A pesar de que “Plataforma” y “Documento” no tuvieron la finalidad explícita de promover cambios teóricos, y de que pocos de sus miembros fueron lectores de Lacan, instalaron públicamente la imagen de la APA como una institución que reproducía una versión ortodoxa del psicoanálisis, y que su pretensión de conservar el monopolio de la enseñanza y el ejercicio de

un psicoanálisis “verdadero” carecía de fundamentos. De hecho, la teoría lacaniana podía considerarse legítima por el hecho de compartir también la oposición al psicoanálisis oficial, ya que Lacan había sido expulsado de la IPA en 1953, junto a Daniel Lagache y Françoise Dolto. Sobre esta base, era mucho más factible que otras corrientes psicoanalíticas pudieran empezar a circular; y, lo que es más importante, que la formación pudiese ser impartida por otras instituciones, grupos e individuos (como Masotta), y que hasta el ejercicio de la profesión de psicoanalista pudiese llevarse a cabo sin cumplir con los requerimientos exigidos por la APA (como ocurrirá enseguida con los psicólogos, y con otros psicoanalistas provenientes del campo de la literatura, por caso). Este fue el lugar que les cupo a los psicólogos, nuevos actores profesionales que discutirán el monopolio de la formación y el ejercicio psicoanalítico que la APA, como institución oficial, reservaba solo a los médicos.

Efectivamente, la aparición en el espacio psiquiátrico y psicoanalítico de los psicólogos egresados de las noveles carreras de grado de Psicología de las universidades nacionales en la segunda mitad de la década de 1950 constituyó un factor dinámico que contribuiría a la difusión y expansión del lacanismo. El proyecto inicial de estas carreras no estaba ligado al psicoanálisis, pero esto pronto cambió a comienzos de los años sesenta, cuando la identidad profesional del psicoanálisis no solo se convirtió en una aspiración, sino en una identidad efectiva de los psicólogos. Esto produjo una demanda por entrenamiento psicoanalítico, la cual, sin embargo, la APA no podía satisfacer, debido a que solo admitía médicos entre sus futuros candidatos.¹⁷ Y ya de por sí, el acceso a la APA para los médicos era dificultoso, debido a que el número de psicoanalistas didactas era exiguo. Muchos optaron por ingresar a grupos de estudio privados, a veces dirigidos por miembros de la APA, además de llevar a cabo un análisis personal, como paliativo hasta ser aceptado. Simultáneamente, fueron apareciendo diferentes alternativas de formación, las cuales no podían, inicialmente, otorgar el título de psicoanalista a sus estudiantes. Médicos y muy especialmente psicólogos comenzaron a trabajar en los servicios psiquiátricos de los hospitales generales en forma voluntaria y gratuita, pues entendían que dichos espacios eran buenas instancias de formación. En los hospitales, los psicólogos permanecieron subordinados a los médicos, situación que fue tolerada y percibida como “natural” a comienzos de los años sesenta, debido a las diferencias de experiencia, género y edad entre médicos y psicólogos; pero a fines de dicha década, y con un clima político diferente, las condiciones se volvieron insostenibles, pues la APA

fue cuestionada en su autoridad por los psicólogos, calificada de autoritaria, reaccionaria y dogmática (Balán, 1991: 158-159, 165).

Al cuestionar la soberanía de la IPA, su pretensión de conservar el patrimonio de la formación y el control sobre el ejercicio profesional, Lacan y sus teorías ofrecieron a los psicólogos la posibilidad de legitimar una práctica y una identidad psicoanalítica no fiscalizada por la APA. Así, cuando en 1969 Masotta ofreció la primera muestra de enfrentamiento público con la APA al polemizar con el por entonces presidente de la misma, eligió como ámbito para el debate el primer número de la revista de la flamante Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, que pretendía nuclear a los graduados de la carrera recientemente creada en la UBA (Masotta, 1969 y 1971); de este modo, el enfrentamiento no quedaba encerrado solo dentro de los límites de la disputa teórica, sino que incluía, a su vez, las luchas de los psicólogos por arrebatar a la APA el monopolio de la profesionalización.

En suma, al describir los cambios en el campo intelectual y psicoanalítico en las décadas de 1960 y de 1970, es posible entender más cabalmente las condiciones de recepción de la obra de Lacan como parte de mutaciones intelectuales y teóricas, pero también en relación con la pérdida de autoridad de la APA y la aparición en escena de un nuevo actor que demandaba formación psicoanalítica, los psicólogos. Al contrario de lo que sugieren las acusaciones, el lacanismo no ingresó durante la segunda mitad de los años setenta, sino más de quince años antes. Tampoco puede sugerirse, como lo hacen las imputaciones, que el enfoque lacaniano fue constitutivamente funcional con la ideología represiva del PRN. Aun cuando resulta altamente probable que durante los años del PRN la obra de Lacan alcanzara una mayor difusión a través de los grupos de estudio privados, y la formación en los servicios hospitalarios y en las carreras de Psicología (especialmente a partir de mediados de los años ochenta), esto se debió, tal vez, a la desaparición de otras líneas teóricas con las que había convivido en las décadas anteriores. Ahora bien, esta desmentida no permite entender las razones por las cuales se constituyeron y operaron, al menos durante cierto tiempo, las acusaciones que situaban al lacanismo en Argentina como producto y colaborador de la última dictadura militar. Para ello, resulta indispensable un análisis que no solo confronte tales creencias con una historicidad privilegiada, sino que revele cómo “lacanismo” y “dictadura militar” llegaron a conectarse de modo tal que, como lo fue para muchos, resultaba incuestionable, y a la vez logre aprehender cómo tal creencia se conformó y constituyó prácticas propias del campo psicoanalítico.

Lacanismo, moralidad política y demonización: genealogías admisibles e inadmisibles

Una historia del lacanismo durante la dictadura militar requiere remontarse a junio de 1974. Apenas tres días antes de la muerte del presidente Juan Domingo Perón (que ocurriera el 1 de julio), en medio de un clima generalizado de violencia promovida por los grupos guerrilleros, por un lado, y la ultraderechista Alianza Anticomunista Argentina (la Triple A), por otro, Masotta decidió fundar junto a un grupo de discípulos la Escuela Freudiana de Buenos Aires. La decisión de Masotta fue sumamente controvertida, al punto que tres discípulos se autoexcluyeron, alegando entre otras razones que el acta fundacional debía hacer mención a la dramática situación política de entonces. En diciembre de 1974, Masotta se marchó de la Argentina a Londres primero, y a Barcelona, después.¹⁸ Más tarde, en 1979, el propio Masotta propuso desde España fundar una nueva institución (la Escuela Freudiana de la Argentina) que, desde su punto de vista, sería una continuidad de la anterior; hoy, ambas instituciones afirman haber sido fundadas en 1974, y polemizan respecto a si se trató o no de una división (García, 1992: 44). Masotta continuó con su labor de difusión de la obra de Lacan en España hasta el 13 de septiembre de 1979, cuando murió de cáncer.

La transmisión del lacanismo prosiguió no solo a través de las instituciones fundadas por Masotta. Los grupos de estudio que se desarrollaron durante la época de la dictadura militar fueron uno de esos ámbitos, precisamente porque permitían a muchos jóvenes acceder a la lectura de autores que no integraban las listas bibliográficas en las universidades. Sin ser un autor prohibido, la producción de Lacan no circulaba en las aulas, al igual que sucedía con autores tan diversos como Claude Lévi-Strauss, Karl Popper o Gregory Bateson, entre muchos otros. También la enseñanza de Lacan se llevó a cabo en servicios psiquiátricos hospitalarios (Cueto, 2003). Con la llegada de la democracia en 1983, el lacanismo tenía una ya importante difusión, que se profundizaría cuando la obra de Lacan fue reintroducida en las carreras de Psicología, y cuando con las reformas de los planes de estudio aparecieron cátedras centradas en su enfoque. En poco tiempo, la formación en las carreras de Psicología de las universidades nacionales se consolidó en torno al psicoanálisis, en general, y al lacanismo como posición dominante, en particular. Yo fui testigo de este predominio durante mi trabajo de campo en el servicio de Lanús, iniciado en 1988.

Es posible concluir que hubo una profundización de la propagación de las ideas de Lacan durante el PRN, así como la emergencia y afianzamiento de

sus instituciones; pero que se trataba de un proceso iniciado al menos quince años atrás, y que continuaría durante la década de 1980. Con lo cual, la asociación cronológica de los orígenes y difusión del lacanismo con la última dictadura militar debió ser esbozada durante los primeros años del retorno democrático, a juzgar por los primeros trabajos referidos al tema. Aunque tal ligazón y las acusaciones de colaboracionismo bien pudieron haber surgido antes, entre aquellos psicólogos y psiquiatras (algunos de ellos psicoanalistas) más próximos al ideario crítico de los años setenta, efectivamente desplazados de los espacios públicos (como servicios hospitalarios y universidades) que habían sido vitales para la definición de sus prácticas. Los esfuerzos puestos por el movimiento lacaniano en el estudio teórico y la práctica clínica, así como su renovado esfuerzo por la delimitación de competencias psicoanalíticas resultaba inadmisibles dentro de los marcos formulados por las corrientes de los fines de los años sesenta y la primera mitad de los años setenta; efectivamente, se trataba de perspectivas heterodoxas teórica y clínicamente, con mayor contacto e influencia respecto a las ciencias sociales, y menos preocupadas por la profesionalización y sí por la atención pública y la transformación política de la sociedad. Desde estos puntos de vista, las preocupaciones del lacanismo resultaban próximas a las de aquellas instituciones “profesionales” y “apolíticas” (como la APA) contra las cuales habían luchado. Si el lacanismo fue visto como una formulación que negaba lo político en los términos que los movimientos críticos en el campo de la psiquiatría, el psicoanálisis y la salud mental lo habían planteado, resulta difícil saber cómo tal imputación fue atribuida a la teoría lacaniana misma. No podemos considerar la existencia de un debate en la dirección señalada desde los años sesenta, por lo que es posible que muchas de estas discusiones se desarrollasen en forma oral en el transcurso de las variadas instancias de enseñanza y discusión ya mencionadas. Por otro lado, la “neutralidad” que se le objetaba resultaba insostenible para quienes, como Fariña y otros psicoanalistas, participaban en las nacientes organizaciones de derechos humanos, en muchos casos aportando sus saberes para atender a víctimas y sobrevivientes del terrorismo de estado. Si esto les había servido durante los tiempos de la última dictadura militar para “sobrevivir” sin ser perseguidos (como sí ocurrió con el marxismo y otras corrientes), en los nuevos tiempos democráticos en los que era indispensable la identificación de los responsables no solo resultaba inútil, sino una mancha imposible de limpiar. Lo singularmente complejo de entender dentro de los marcos de esta interpretación del lacanismo es cómo una teoría que presentaba semejantes cargos no solo se había afirmado en universidades y servicios hospitalarios, sino que, además, convocaba tantos adeptos entre los más jóvenes.

Dado que la última dictadura militar fue a menudo caracterizada en el discurso público de comienzos de la democracia como un “demonio”, y el terrorismo de estado “como un descenso a los infiernos”,¹⁹ la concepción del lacanismo argentino como un producto y una expresión del PRN puede ser entendida como una asociación metafórica con el Mal. Desde este punto de vista, el lacanismo fue *demonizado*, es decir, devino en una entidad diabólica, en la medida que se le atribuyeron actos prohibidos y horribles en tanto grupo, real o imaginario (Cohn, 1987: 324-325).²⁰ En modo semejante a los sistemas de acusación de brujería estudiados tradicionalmente por la antropología social (Evans Pritchard, 1976), donde está en juego la moralidad del imputado y su potencial capacidad para dañar a otro (en el caso del lacanismo, la propagación en el presente democrático de una teoría vista como maligna), se trata de modos de selección y separación, cuyo propósito reside en poder controlar a quienes se identifican como enemigos sociales, depurarlos a través de alguna forma de conversión si fuese posible, y sobre todo resguardar la pureza del mundo establecido reafirmando las fronteras sociales, o purificarlo si hubiese sido contaminado (Douglas, 1992: 83-87; Feuchtwang, 2000: 60). La acusación al lacanismo ubicaba a sus practicantes e instituciones en una posición moralmente insostenible, cuyo objetivo consistía en establecer discriminaciones políticas y morales que les permitiesen garantizar a los acusadores su propia legitimidad política y profesional. La eficacia de la imputación residía en el amplio consenso establecido respecto a la reprobación moral de todo colaboracionismo con la última dictadura militar. La acusación caía no sobre individuos o instituciones particulares, sino sobre una teoría que volvía sospechosos a individuos e instituciones particulares. Así, la adhesión al lacanismo convertía a individuos e instituciones que aborrecían la última dictadura militar, e incluso podían haber sufrido sus trágicas consecuencias, en sus agentes de transmisión en el presente.

En el caso de Argentina de la reapertura democrática de 1983, el lacanismo objeto de la imputación de maldad constituyó un enemigo interno de una sociedad en la que, desde hacía varias décadas atrás, prevalecían representaciones sobre sí misma de tipo dualistas antagónicas (Neiburg, 1998; Visacovsky, 2002: 323-324; Guber y Visacovsky, 2005: 55-85). Para los principios de clasificación dualista, la ambigüedad resulta peligrosa, y esto es lo que podía suceder con quienes se presentasen o fuesen vistos como neutrales. Los seres anómalos exigen una urgente clasificación, y esto fue lo que sucedió con muchos sectores de la sociedad civil en la Argentina de la posdictadura, que recibieron el mote de “indefinidos” (Robben, 1999: 132, 134).²¹ Los acusa-

dores pretendían hacer visible a un enemigo que se confundía en el presente, identificarlo, y ubicarlo dentro de un esquema de clasificación aceptable. La acusación también tenía efectos sobre los acusadores; como anticipé, los situaba instantáneamente en el fragmento puro del mundo, aquel que no debía demostrar inocencia. Sus genealogías y adscripciones identitarias invocadas los hacían libres de toda desconfianza. Por su parte, como ya señalé, el lacanismo casi no respondió públicamente a la acusación, aunque informalmente muchos sostuvieron que la misma era absurda y falsa. No obstante, en sus escasas respuestas públicas, dirigieron sus dardos contra quienes promovían un punto de vista marxista de la enfermedad mental, como si la misma fuese un producto del sistema capitalista. Justamente, esta réplica acusaba a quienes sustentaron estas posiciones de autoritarismo, y así los emparentaba con la última dictadura militar. A la vez, defendieron su presencia en las instituciones asistenciales durante la última dictadura militar como una auténtica resistencia al régimen, al haber ofrecido contención a los pacientes bajo condiciones represivas angustiantes, escuchándolos y dándoles la posibilidad de hablar. Lo remarcable aquí es que esta defensa también apelaba a un principio clasificatorio dualista antagónico, en el que todos los autoritarismos quedaban asimilados y opuestos a la democracia; y su réplica buscaba también vincularlos con la última dictadura militar.

Ahora bien, a través de los ejemplos mostrados al comienzo de este artículo, quise poner de manifiesto que las imputaciones de colaboracionismo con el PRN constituyen un tipo de práctica política recurrente hasta el día de hoy, que apela a una moralidad política basada en una interpretación del pasado nacional; un modo de establecer legitimidad (o de deslegitimar) teorías, personas e instituciones, en el caso visto aquí, dentro del mundo psicoanalítico. Lo que pone en evidencia el caso del campo psicoanalítico argentino es el modo en que un conjunto de creencias de moralidad política, tornadas constitutivas para un orden social, se vuelven cruciales a la hora de definir identidades profesionales e intelectuales, a la vez que conferir legitimidad interna (y simultáneamente externa) al propio campo.

Conclusiones

El caso de las imputaciones al lacanismo de dogmatismo y colaboracionismo con la última dictadura militar constituye un caso atractivo para estudiar las formas de producción de las interpretaciones del pasado en Argentina contemporánea. Efectivamente, a través de las acusaciones propias de este campo puede verse la preeminencia de lo político como un marco dador de sentido

a la vida social, una fuerza activa suministradora de interpretaciones de los pasados de sectores sociales e instituciones. Estas acusaciones expresaron una moral política, sustentada en los marcos de admisibilidad pública vigentes después del restablecimiento de la democracia en 1983, como un modo de resolver problemas de legitimidad en el campo psicoanalítico argentino.

Las imputaciones contra el lacanismo y las réplicas revisten, desde mi punto de vista, un triple interés. En primer lugar, muestra el específico modo en que el campo psicoanalítico argentino reelaboró su propio pasado en el contexto de la reapertura democrática posterior a 1983. Debido a la persecución sufrida por los psicoanalistas, psiquiatras y psicólogos que identificaron la lucha contra el sufrimiento psíquico como parte de la lucha política revolucionaria, durante los tiempos de la dictadura militar se reafirmaron las lógicas institucionales, con sus normas específicas de consagración profesional. Pero esto sucedió no solo con las instituciones lacanianas, sino también con las tradicionales APA y la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APDEBA), una escisión de la APA creada en 1977. Todas continuaron con sus actividades, como formación de candidatos, congresos, e incluso algunas de ellas recibieron subsidios estatales (Plotkin, 2001: 219-220).

En segundo lugar, constituye un caso ejemplar en el que es posible conocer cómo se elaboró el fatídico pasado reciente argentino en los años posteriores al retorno democrático. Lo que pone en evidencia la acusación de colaboracionismo con la última dictadura militar es que las experiencias y su elaboración de dicho período no solo deben ser tratadas en relación con las indispensables exigencias de verdad y justicia, sino que también debe atenderse a los modos particulares en que las búsquedas de responsabilidad por lo acontecido se han estructurado como un esquema de interpretación moral y a través del mismo, han constituido un tipo específico de actividad social que ha permitido dirimir legitimidades en todos los campos de la vida social.

Y en tercer y último lugar, muestra cómo la aceptabilidad de personas, y la legitimidad de instituciones de la sociedad civil e, incluso, doctrinas debían fundarse en principios de moralidad política. En otros términos: personas, instituciones y doctrinas debían sortear con éxito pruebas de pureza moral; en su defecto, aparecían públicamente como contaminadas y condenables. Aunque esto fue particularmente crucial durante el pasaje de la última dictadura militar a la democracia, ha seguido operando en las décadas posteriores, como lo prueban los casos de las acusaciones que he presentado al comienzo de este

trabajo. A la vez, los nuevos tiempos revelaban un conflicto entre las formas ahota dominantes de legitimación profesional provistas por las instituciones psicoanalíticas y universitarias, y aquellas que priorizaban la moralidad política. No obstante, si otrora el objetivo principal era la disolución de las lógicas profesionales a favor de la militancia política (por caso), ahora la imputación de colaboracionismo con la última dictadura militar se instalaba en el seno mismo de las instituciones profesionales y académicas, y no albergaba como propósito la erosión de las mismas.

Mi trabajo pretende mostrar un camino distinto para los estudios sobre el pasado en el presente. Lo que he querido poner de manifiesto aquí es que es imprescindible ser consecuentes con las teorías procesuales y constructivistas, entender que los usos sociales del pasado no están limitados a ciertos ámbitos y sujetos especiales. También, que estos usos adoptan formas disímiles, y que las imputaciones de colaboracionismo (como formas de demonización), así como las defensas que alegan inocencia, son modos efectivos en los cuales el pasado, como forma elaborada, se encarna en las prácticas por exigencias de las condiciones presentes. Finalmente, las imputaciones de colaboracionismo y los alegatos de defensa expresan un pasado encarnado en el presente que los actores actualizan, debido a que lo que está en juego son principios de legitimidad en el que se fundan las instituciones y los grupos, una moralidad política en la que se sustenta su condición de aceptabilidad en tanto ciudadanos.

Bibliografía

- ALTHUSSER, L. (1964): "Freud et Lacan", *La Nouvelle Critique*, pp. 161-162.
— (1970): "Idéologie et appareils idéologiques d'Etat", *La Pensée* 151.
- AMIGO, S. (1994): *De la práctica analítica. Escrituras*. Buenos Aires, Ricardo Vergara Ediciones.
- AZUBEL, A.; BLEICHMAR, S.; GALENDE, E.; HORSTEIN, L. y SCHENQUERMAN, C. (1987): "El psicoanálisis argentino: un cuestionamiento", *Vuelta* número 16, noviembre, pp. 25-40.
- BALÁN, J. (1991): *Cuéntame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*. Buenos Aires, Planeta.
- BAYER, O. (1988): "Pequeño recordatorio para un país sin memoria", en Sosnonski, S. (comp.): *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*. Buenos Aires, Eudeba, pp. 203-227.
- BERKUNSKY, G. A.; GÓMEZ, A.; MINERVINO, G. y ORTEGA, P. E. (1986): *Acerca de la residencia de psiquiatría en un hospital general. "Estamos condenados al malestar pero no a la inacción"*. Buenos Aires, inédito.
- CARPINTERO, E. y VAINER, A. (2004): *Las huellas de la memoria. Psicoanálisis y Salud Mental en la Argentina de los '60 y '70*. Tomo I (1957-1969). Buenos Aires, Topía.
— (2005): *Las huellas de la memoria. Psicoanálisis y Salud Mental en la Argentina de los '60 y '70*. Tomo II (1970-1983). Buenos Aires, Topía.
- CASTILLO, B. (1971): "Tercer Encuentro de Revisión Crítica de la Psicología", *Revista Argentina de Psicología*, Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, pp. 151-156.
- COHN, N. (1987): *Los demonios familiares de Europa*. Madrid, Alianza Editorial.
- CUETO, E. (2001): "Entrevista a Juan David Nasio", *El Sigma.com*. Disponible en <http://www.elsigma.com/site/detalle.asp?IdContenido=1410>.
— (2003): "Entrevista a Silvia Amigo", *El Sigma.com*. Disponible en <http://www.elsigma.com/site/detalle.asp?IdContenido=3735>.
- DIARIO LA CAPITAL (2003): Rosario, 16 de agosto.
- DOUGLAS, M. (1966): *Pureza y Peligro: Un Análisis de los Conceptos de Contaminación y Tabú*. Madrid, Siglo XXI.
— (1992): *Risk and Blame. Essays in Cultural Theory*. London, Routledge.
- EQUIPO DE ASISTENCIA PSICOLÓGICA DE LAS MADRES DE PLAZA DE MAYO (1983): *Desaparecidos. Efectos psicológicos de la represión*. Buenos Aires, Madres de Plaza de Mayo.
- EVANS PRITCHARD, E. E. (1976): *Brujería, magia y oráculos entre los Azande*. Barcelona, Anagrama.
- FARIÑA, J. J. (1987): "Ante el terror la respuesta de los trabajadores de salud mental", en Movimiento Solidario de Salud Mental (comp.): *Terrorismo de Estado. Efectos psicológicos en*

los niños. Buenos Aires, Paidós, pp. 37-41.

FEUCHTWANG, S. (2000): "Reinscriptions: Commemoration, Restoration and the Interpersonal Transmission of Histories and Memories under Modern States in Asia and Europe", en Radstone, S. (comp.): *Memory and Methodology*. Oxford, Berg, pp. 59-77.

GARCÍA, G. (1978): *La entrada del psicoanálisis en la Argentina. Obstáculos y perspectivas*. Buenos Aires, Altazor.

— (1992): *Oscar Masotta. Los ecos de un nombre*. Buenos Aires, Atuel.

— (1999): "Oscar Masotta (1930-1979)", en Izaguirre, M. (comp.): *El revés de la trama*. Buenos Aires, Atuel, pp. 338-339.

GARCÍA REYNOSO, D. (1986): "Psicología de alternativa: una herramienta de lucha", *Territorios*, número 3, pp. 13-14.

GOLINI, J. (2000): *Psicoanálisis comunitario con niños durante la dictadura militar... Exilio interior y autogestión*. Disponible en <http://www.etatsgeneraux-psychanalyse.net/mag/archives/paris2000/texte234.html> - notes <http://www.etatsgenerauxpsychanalyse.net/mag/archives/paris2000/texte234.html>.

GUBER, R. y VISACOVSKY, S. E. (1999): "Controversias filiales: la imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires", *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, volumen 22-23, pp. 25-53.

— (2006): "The Birth of Ciencias Antropológicas at the University of Buenos Aires, 1955-1965", en Darnell, Regna y Gleach, Frederic W (comps.): *Histories of Anthropology Annual 2*. Lincoln, University of Nebraska Press, pp. 1-32.

HORNSTEIN, L. (1995): "'No Sin Lacan, Ni Solo Lacan'. Historizar el Psicoanálisis", *Zona Erógena*, número 23.

KUTEN, J. (1992): "En busca del tiempo perdido", *La Dolce Evita*, número 4, Revista de los Residentes de Salud Mental del Hospital Evita de Lanús, pp. 4-5.

LAKOFF, A. (2006): *Pharmaceutical Reason: Knowledge and Value in Global Psychiatry*. New York, Cambridge University Press.

LÉVI-STRAUSS, C. (1961): *Antropología Estructural*. Buenos Aires, Eudeba.

LONGONI, A. (2005): "Oscar Masotta: vanguardia y revolución en los años sesenta", ponencia presentada en *Segundo Simposio Prácticas de comunicación emergentes en la cultura digital*, Séptimas jornadas de artes y medios digitales, Córdoba-Argentina <http://www.liminar.com.ar/pdf05/longoni.pdf>.

MARTÍNEZ, V. (comp.) (1987): *Terrorismo de estado. Efectos psicológicos en los niños*. Buenos Aires, Paidós.

MASOTTA, O. (1965): "Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía", *Pasado y Presente*, número 9.

— (1969): "Leer a Freud", *Revista Argentina de Psicología*, número 1.

- (1971): "Anotaciones para un psicoanálisis de E. Rodrigué", *Cuadernos Sigmund Freud* 1.
- (1976): "Comentario para la École Freudienne de Paris sobre la fundación de la Escuela Freudiana de Buenos Aires", *Ensayos Lacanianos*. Barcelona, Anagrama, pp. 240-242.
- NADRA, R. (1998): "Anotaciones sobre la izquierda y militares", *Diario Ámbito Financiero*, 31 de julio.
- NEIBURG, F. (1998). *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires, Alianza.
- NEUBURGER, R. P. (1988): "A Psychoanalytic Tango. Recent developments in Psychoanalysis in Argentina", *Journal of European Psychoanalysis*, número 7 <http://www.psychomedia.it/jep/number7/neuburger.htm>.
- PASSERINI, L. (1987): *Fascism in Popular Memory: The Cultural Experience of the Turin Working Class*. Cambridge, Cambridge University Press.
- PEYCERÉ, N. (1999): "Líneas sobre Oscar Masotta", en Izaguirre, M. (comp.): *El revés de la trama*. Buenos Aires, Atuel, p. 237.
- PICHON RIVIÈRE, E. (1975): "Respuesta de Pichon-Rivière a un cuestionario sobre Jacques Lacan", *Actualidad Psicológica*, número 12.
- PLOTKIN, M. B. (2001): *Freud in the Pampas. The Emergence and Development of a Psychoanalytic Culture in Argentina*. Stanford, Stanford University Press.
- POLIAKOV, L. (1981-1984): *La Causalidad Diabólica. Historia del Antisemitismo*, 4 tomos. Barcelona, Muchnick Editores.
- ROBBEN, A. C. G. M. (1999): "The Fear of Indifference: Combatants' Anxieties about the Political Identity of Civilians during Argentina's Dirty War", en Koonings, Kees y Kruijt, D. (eds.): *Societies of Fear: The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*. London, Zed Books, pp. 125-140.
- ROUSSO, H. (1991): *The Vichy Syndrome. History and Memory in France since 1944*. Cambridge, Harvard University Press.
- SÁBATO, Ernesto (1984): "Prólogo" *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la desaparición de personas*. Buenos Aires, Eudeba, 1984.
- SORIANO, Osvaldo (1983). "Prefacio" en Gabetta, Carlos: *Todos somos subversivos*. Buenos Aires, Brujuna, pp. 5-8.
- TERAN, O. (1991): *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires, Puntosur.
- URRIBARRI, F. (2003): "La vida después de Freud", *Diario Página 12*, 16 de marzo.
- VAINER, A. (1997): "Efectos dogmáticos de Lacan en la Argentina", *Topia Revista*, número 21 <http://www.topia.com.ar/articulos/21lacan.htm>.

VERBITSKY, H. (1998): "Toma, Galimberti, Nadra, Ramos", *Página 12*, 22 de noviembre.
— (2002): "Verdad o consecuencia. Hebe Bonafini y la Embajada de Estados Unidos", *Página 12*, 1 de septiembre.

VEZZETTI, H. (1992): "El psicoanálisis y la cultura intelectual", *Punto de Vista* número 44, pp. 33-37.

VILLAMOR, C. y FARIÑA, J. J. (1986a): "Lacanismo y dictadura", *Territorios*, número 3, abril-mayo-junio, Buenos Aires, pp. 17-22.

— (1986b): "Un camino internacional: hoy como ayer. Reportaje a Marie Langer", *Territorios*, número 3, abril-mayo-junio, Buenos Aires, pp. 9-11.

VISACOVSKY, S. E. (2002): *El Lanús. Memoria y política en la construcción de una tradición psiquiátrica y psicoanalítica argentina*. Buenos Aires, Alianza.

— (2009): "Origin stories, invention of genealogies and the early diffusion of Lacanian psychoanalysis in Argentina and Spain (1960-1980)" en Damousi, J. y Plotkin, M. B. (comps.): *The Transnational Unconscious. Essays in the History of Psychoanalysis and Transnationalism*. New York, Palgrave Macmillan, pp. 227-256.

VISACOVSKY, S. E.; GUBER, R. y GUREVICH, E. (1997): "Tradición y modernidad en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires", *Redes, Revista de Estudios Sociales de la Ciencia* N° 10. Buenos Aires, Centro de Estudios e Investigaciones, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 213-257.

VV. AA. (1993): *Trabajos institucionales*. Buenos Aires, Ricardo Vergara Ediciones.

YABCOWSKI, S. (1986): "Entrevista a Juan D. Nasio", *La noche inconsciente - Paladium*. Buenos Aires.

Notas

1 Las primeras versiones de este trabajo datan de comienzos de la década de 1990. Una primera presentación fue en la Mesa Redonda "Antropología y Salud Mental" durante la V Reunión de Antropología do MERCOSUL, en Tramandaí, Brasil, Setiembre de 1995. Una versión aproximada a la expuesta aquí fue presentada en el XXVI Congreso Internacional de LASA (Latin American Studies Association), "De-Centering Latin American Studies", realizado entre el 15 y el 18 de Marzo del 2006 en San Juan de Puerto Rico, en el panel "Between Science and Belief: Psychoanalysis and Culture in Argentina and Brazil". Posteriormente, presenté otro avance en forma de conferencia en la Universidad de Los Andes, Bogotá, Colombia, el 10 de octubre del 2007. Agradezco los comentarios y críticas recibidos a lo largo de todos estos años brindados por Hugo Vezzetti, Rosana Guber, Antonius Robben, Mariano Plotkin, Luiz Fernando Dias Duarte, Guillermo Ruben, Michael Steinberg y Federico Finchelstein.

2 Para una discusión sobre las denominaciones asumidas por el régimen militar de la Argentina entre 1976 y 1983, véase Robben (1999: 139).

3 El autor de la nota, Rodolfo Nadra, hijo del dirigente del partido Comunista Fernando Nadra, señaló que Verbitsky fue colaborador en el libro "El poder aéreo de los argentinos", editado por el "Círculo de la Fuerza Aérea" en 1979, con la autoría general del Comodoro (R) Juan José Güiraldes. Este, en la primera página, expresaba que "este libro no hubiese podido llegar a la prensa de no haber recibido el permanente aliento y la eficaz colaboración de Horacio Verbitsky". Nadra también lanzaba un manto de sospecha sobre Verbitsky, tanto por haber podido sobrevivir a los terribles años del terrorismo de estado, como por rumores que lo vinculaban a los servicios de inteligencia (Nadra, 1998).

4 Hubo, por cierto, otras corrientes intelectuales o perspectivas reóricas que fueron objeto de imputaciones semejantes. Tal fue el caso de la llamada Escuela Fenomenológica, liderada por el italiano Marcelo Bórmida (1925-1978) en la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires (Visacovsky, Guber y Gurevich, 1997; Guber y Visacovsky, 1999; Guber y Visacovsky, 2006). No obstante, dicha escuela estaba profundamente identificada con una institución, el Centro Argentino de Etnología Americana y la mayor parte de sus miembros, empezando por el mismo Bórmida, habían desempeñado cargos públicos académicos y científicos durante la época de la dictadura y exhibido sus acuerdos ideológicos con el régimen.

5 Véase, por ejemplo, el trabajo de Henry Rousso sobre la liberación de la ocupación nazi en Francia, cuando se inició la denominada *épuration*, basada en la purga de todos aquellos acusados de haber colaborado con el enemigo. La misma consistió en juicios no solo contra aquellos que habían perpetrado crímenes o torturas, sino contra quienes estaban acusados de haber realizado inteligencia con el enemigo. Las acusaciones no alcanzaron solo a los partidos políticos o a las estructuras estatales, sino también a diferentes organizaciones civiles, las corporaciones profesionales y las instituciones académicas (Rousso, 1991: 5 y 20).

6 Sin duda, hablar del "psicoanálisis lacaniano" es una exagerada generalización, en la medida que el campo lacaniano está representado por diversas instituciones y grupos que rara vez tienen comunicación entre sí, incluso manteniendo en muchos casos abierta hostilidad. Sin embargo, he decidido conservar el término en su ambigüedad, pues así es empleado en las acusaciones.

7 Para un panorama de la situación del psicoanálisis, la psiquiatría y la psicología durante la dictadura militar, véase Plotkin (2001: 216-227) y Visacovsky (2002: 247-288).

8 Debo decir que cuando hice mi trabajo de campo en el servicio de salud mental del Hospital "Evita", en el partido de Lanús, entre fines de los años ochenta y comienzos de los noventa, esta era una aspiración de gran parte de los profesionales que se desempeñaban allí.

9 Este trabajo inédito, escrito por un grupo de médicas psiquiatras residentes del "Evita" hacia 1986, llegó a mis manos en 1988, en el medio de mi trabajo de campo.

10 Juan Jorge Michel Farifá es un psicólogo, profesor en la Universidad de Buenos Aires, que se ha especializado en las relaciones entre psicología, ética y derechos humanos.

11 Con la emergencia durante la última dictadura militar de organizaciones civiles decididas a reclamar por la aparición de sus familiares, prontamente se sumaron al trabajo equipos conformados por profesionales provenientes del campo del psicoanálisis y la salud mental en general.

Entre ellos, estaban el Equipo de Asistencia Psicológica de las Madres de Plaza de Mayo, el Equipo de Salud Mental del Centro de Estudios Legales y Sociales (también creado en 1982), y el que aquí nos ocupa, el Movimiento Solidario de Salud Mental (creado en 1982), que juntos conformaron el equipo clínico-asistencial de los familiares de detenidos-desaparecidos por razones políticas. Estos grupos tenían por objetivo fundamental operar sobre los efectos de la tortura y la desaparición sobre las víctimas directas, sus familiares y, muy especialmente, los niños hijos o nietos de desaparecidos, brindando contención y orientación terapéuticas (Equipo de Asistencia Psicológica de las Madres de Plaza de Mayo, 1983; Martínez, 1987).

12 En algún modo, coincidente con quienes insinuaban que el lacanismo pudo ser un modo de evitar pensar sobre la agobiante realidad durante la dictadura, brindando a sus defensores “un marco ideológico protector contra el padecimiento de la realidad sociohistórica efectiva” (Hornstein, 1995).

13 En un informe presentado al Institut de Santé et Développement de la Université de Paris VI en febrero de 1984, Fariña denunciaba sin acusar a ninguna corriente teórica en particular “un mecanismo de autocensura que se extendió sobre el conjunto de la producción literaria, cultural y científica en los últimos años y que encontró un especial y lamentable asidero en el ámbito de la salud mental”. Allí, “la psicología social y el psicoanálisis, disciplinas que reúnen condiciones de rigor científico como para dar cuenta de un aspecto importante en la problemática psicológica de las desapariciones [de personas durante el PRN], fueron instrumentadas para estructurar una prolija y prolongada negación de esta realidad. Esto determinó que mientras ámbitos como la literatura y el teatro fueron incluyendo alusiones a partir de 1981 y referencias explícitas a estos temas hasta entonces considerados tabúes, la salud mental quedó relegada a un espacio de absoluto descompromiso”. Y concluía afirmando que “paradójicamente, entre 1977 y 1981 se constituyeron no menos de cuarenta instituciones y grupos de docencia y asistencia que no solo omitieron cualquier tipo de referencia a la problemática de las desapariciones, sino que en muchos casos generaron toda una ideología destinada a justificar estas omisiones” (Fariña, 1987: 39-40).

14 El mismo servicio denominado por las generaciones de profesionales que trabajaron en él desde 1956 hasta 1976 como “el Lanús” (Visacovsky, 2002).

15 El psicólogo Alejandro Vainer (1997), que fuera residente en el Hospital Neuropsiquiátrico José Tiburcio Borda de la Ciudad de Buenos Aires, comentaba la oposición de sus colegas residentes formados e identificados con el lacanismo, en relación a la prevención o la atención primaria de la salud, mediante afirmaciones como que “eso no era psicoanálisis”, o “el deseo no se puede prevenir”. También cuestionaban la posibilidad de practicar psicoanálisis en el hospital público.

16 Se trató de las “Primeras Jornadas-Encuentro del Servicio de Psicopatología del Policlínico de Lanús-35 años”, realizadas entre el viernes 28 y el domingo 30 de agosto de 1992, que tenían por objetivo conmemorar la creación del *Lanús*, el más célebre de los servicios de psiquiatría en hospitales generales del país, al mismo tiempo que homenajear a quien lo fundara en 1956 y fuera su jefe hasta 1972, el psiquiatra Mauricio Goldenberg (1916-2006). Para un análisis de la conmemoración desde el punto de vista de la interrelación entre memoria política y memoria institucional, véase Visacovsky (2002).

17 En 1954, el Ministerio de Salud Pública estableció que solo los médicos estaban autorizados al ejercicio de la psicoterapia y el psicoanálisis. La resolución expresaba la presión de los médicos psiquiatras para limitar el ejercicio profesional de los no médicos, los cuales, hasta allí, eran aceptados por la APA. Recién en 1985 una ley autorizó a los psicólogos a practicar la psicoterapia (Balán, 1991: 132-134, 163).

18 Usualmente, esta partida es atribuida a las amenazas de la Triple A; hay quien sostiene que mucho influyó el golpe militar que encabezara Augusto Pinochet en Chile en 1973, que concluyera con el asesinato del presidente constitucional Salvador Allende; incluso, habría sido afectado por la situación de un amigo, preso en el Estadio Nacional de Chile. Ver García (1999: 338-339). Otros, sin descartar la influencia del clima político argentino, sostenían que Masotta deseaba doctorarse en Oxford, y ambicionaba difundir el psicoanálisis y a Lacan en territorios "vírgenes", como el español (Peyceré, 1999: 237).

19 Véase el célebre "Prólogo" al *Nunca Más* del escritor y presidente de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), Ernesto Sábato (1984), y el "Prefacio" escrito por Osvaldo Soriano para un libro de Carlos Gabetta (Soriano, 1983: 5).

20 Cohn (1987) y otros han sugerido que existía una profunda analogía entre la demonización de ciertos grupos sociales durante la Edad Media, y aquella que en el curso del siglo veinte tomó por objeto a grupos políticos, de clase, étnicos, religiosos o de género sobre los que se ejercieron prácticas de discriminación, persecución y hasta el exterminio (Passerini, 1987; Poliakov, 1981-1984).

21 Robben arriba a esta conclusión respecto a la sociedad argentina examinando las posiciones de quienes participaron activamente de la violencia política de los 1970 (guerrilleros y fuerzas armadas) respecto a aquellos que no se definieron como involucrados en el enfrentamiento. Incluso, muestra cómo los dirigentes de las organizaciones guerrilleras miraron con desconfianza a las agrupaciones de derechos humanos, debido a que su identidad no estaba centrada en una reivindicación de la violencia política de los 1970 (Robben, 1999: 132). El caso que presento aquí, no obstante, muestra que si bien la sociedad argentina estaba atravesada por esta lógica dualista, sus usos podían resultar bien diferentes, ya que en el caso de la acusación contra el lacanismo, estaba en juego tanto su presunta falta de compromiso político con las causas revolucionarias de la década de 1970, como su supuesto desinterés por las violaciones a los derechos humanos perpetradas por el terrorismo de estado. Por ejemplo, la idea de una sociedad colaboracionista contra la que despotricaban muchos intelectuales argentinos desde el exilio estaba basada en la acusación a una sociedad civil que había sido cómplice desde su desinterés y silencio. Los no colaboracionistas estaban representados por quienes llevaron a cabo una auténtica resistencia, especialmente las organizaciones de derechos humanos. "Pero siguen las madres en la Plaza. Y ya no es todo tan fácil. No será tan fácil", sostenía el escritor Osvaldo Bayer (1988: 225), tras denunciar a la mayoría de la sociedad argentina como colaboracionista del régimen militar.

Resumen

Este trabajo se centra en el análisis de las acusaciones de complicidad con la última dictadura militar (1976-1983), formuladas durante las décadas de 1980 y 1990, al psicoanálisis lacaniano en Argentina. Apelando a materiales provenientes del trabajo etnográfico del autor con psicoanalistas desde 1988 hasta 1999, así como diversas fuentes escritas de índole pública (notas periodísticas y columnas de opinión en diarios y revistas de circulación masiva nacional; artículos en revistas y libros psicoanalíticos, psiquiátricos y psicológicos), se pretende mostrar cómo estos cargos de complicidad política pueden ser analizados como *imputaciones de malignidad*, y en tal caso, como un *asunto propiamente de moralidad política*. Como se verá en este trabajo, el lacanismo fue asociado con la última dictadura militar debido a que su genealogía no fue imaginada como una genealogía militante, o como propia de sobrevivientes o víctimas del terror, "neutralidad" y "apoliticidad" sospechosas en el nuevo contexto democrático. Finalmente, se pretende mostrar que las acusaciones de colaboracionismo, aunque en la ocasión estuvieron centradas en el lacanismo, constituyen la puesta en práctica corriente de una moralidad política que permite constituir posiciones de pureza / contaminación, mediante las cuales fortalecer o debilitar legitimidades en campos sociales definidos o no como "políticos".

Palabras clave

Moralidad
Política
Demonización
Colaboracionismo
Psicoanálisis
Lacanismo

Abstract

In this article it's analyzed how Lacanian Psychoanalysis was accused of collaborationism with the last Military Dictatorship (1976-1983) in Argentina, specially during 1980s and 1990s. By means of data based on an ethnographic fieldwork carried on a Mental Health Service in General Hospital and in-depth interviews with psychoanalysts (1988-1999), many written sources (such as newspaper and leading articles, psychoanalytical journals and books), it pretends to show how political accusations are a matter of political morality. Lacanism was defined as a "devil" because its genealogy was imagined as neutral and a-political, and opposed revolutionary psychoanalytical, psychiatric and psychological trends of 1960s and 1970s. Finally, it's affirmed that similar accusations are usual in Argentinean political life after 1983; using these kinds of blames people could define pure or polluted places from the political morality point of view, and like this political or non-political fields could be strengthened or weakened by them in the name of politics.

Key words

Morality
Politics
Demonization
Collaborationism
Psychoanalysis
Lacanism

Fecha de recepción: 10 de enero de 2010

Fecha de aceptación: 23 de mayo de 2010